

Dieter Forte¹: En la memoria (en: Con la casa a cuestras. Trilogía)

Leopoldo Domínguez Macías
Universidad de Sevilla
leodominguezmacias@hotmail.com

II

Seguir y seguir al sueño y de nuevo seguir al sueño
y así ininterrumpidamente hasta el final —

Lord Jim
JOSEPH KONRAD

En la memoria la ventana era mucho más grande, el tiempo mucho más dilatado, el frío y el hambre, un estado permanente.

Miró desde el otro lado de la calle la ventana cerrada, aquella que una vez había sido su ventana al mundo. Tras el cristal se movió la cortina. Se abrió la ventana, un niño de cabello oscuro se apoyó en el antepecho, contempló al desconocido desconfiado, lo miró fijamente como él también lo hubiera hecho.

La puerta de la casa estaba abierta, una mujer limpiaba el pasillo, desde el patio penetraba, como siempre a esta hora, la luz del sol por el largo corredor, el viejo mosaico abatido lucía colores oscuros, en ese momento la puerta se cerró de nuevo.

El tráfico rugía sobre el barrio, también la calle estaba llena de coches, delante de la ventana había aparcado un vehículo con matrícula de Vukovar².

¹ Dieter Forte (Düsseldorf, 1935) es un escritor alemán, autor de novelas, guiones cinematográficos, obras dramáticas y de teatro radiofónico. Dentro del género narrativo destaca su trilogía *Con la casa a cuestras*, publicada en 1999 y que reúne 3 novelas publicadas anteriormente: *El modelo* (1992), donde cuenta la historia de una familia italo-francesa de tejedores de seda y de una familia polaca de mineros que por motivos políticos, religiosos y económicos huyen a Alemania; *El joven con los zapatos ensangrentados* (1995), en el que retrata una infancia interrumpida por los años del nazismo y la Segunda Guerra Mundial ; y *En la memoria* (1998), donde describe el final de la guerra y los primeros años de la reconstrucción alemana. Esta última composición le valió en 1999 el Premio de Literatura de la ciudad de Brema.

La calle, bien asfaltada, sin montañas de escombros, sin cráteres de bombas, le parecía tan irreal como una casita de muñecas ordenada, sólo por algunos bordillos cascados reconoció aún las huellas de las vías del tren en ruinas.

Las señales erosionadas de cascos de bombas y granadas que se conservaban en las fachadas, aparecían como un estado de decadencia natural. Algunos troncos de árbol negros estaban recubiertos con abultamientos por los que se derramaba líquido. Sabía que en ellos se ocultaban cascos que los árboles habían dejado crecer en su interior para pervivir en dolorosa deformidad.

Calle abajo, en dirección a la estación del metro, las ventanas de los edificios altos resplandecían como un espejismo sobre las chimeneas y los tejados tiznados. También estos edificios serían pronto demolidos para levantar un palacio de mármol y cristal con plantas trepadoras y una cascada, un mundo de cristal que reflejara el cielo vacío.

El crepúsculo ardía en las fachadas de cristal, lo que le recordó las tormentas de fuego, los muertos, los heridos gritando, los rostros petrificados por la conmoción. Sentía el fuerte humo del fuego, el calor de las casas que se derrumbaban, y de nuevo se acordó del hombre que vagaba por las calles con un espejo candente en las manos.

Una mujer gruesa con vestimenta holgada y un pañuelo en la cabeza le habló al desconocido en una lengua gutural, sonaba bastante potente. Quería saber qué es lo buscaba aquí, por qué se pasaba tanto tiempo en la calle y miraba fijamente los edificios. No entendía a la mujer. Ya no conocía aquí a nadie. Era un forastero en su propia tierra.

Paseando por la calles oía lenguas cuya procedencia se podía adivinar más fácilmente dada la cantidad de bares, tiendas de comestibles y talleres de reparaciones. Eran lugares de encuentro de inmigrantes italianos, españoles, portugueses, turcos, griegos, croatas, serbios, bosnios, argelinos, marroquíes y africanos. El mismo aspecto debió de haber tenido el barrio cuando se constituyó a través de la continua llegada de fábricas y de inmigrantes europeos.

² Ciudad del este de Croacia y principal puerto fluvial del país, situada en la confluencia del río Vuka y del Danubio y geográficamente próxima a las fronteras bosnias y serbias.

Delante de una iglesia se encontraba una pareja de recién casados, una boda hispano-croata, con toda la ostentosis de las dos naciones, que en un día como éste podía emplearse para la unión de dos culturas. Bajo constantes exclamaciones, acompañados de gestos desmesurados y de incesantes monsergas, fueron colocados los grupos de familiares, con la ceremoniosa festividad de la foto oficial, para quedar retratados para la eternidad.

Sobre todo contar historias en público y en tono de voz elevado parecían seguir formando parte de las particularidades propias de los habitantes de este barrio. Delante de los bares, comercios y puertas de las casas, se encontraban grupos de personas que hablaban sin parar, sin embargo, él había dejado de oír el eco de sus historias, ya no escuchaba el sonido habitual de su lengua. Las personas que habitaban aquí ahora vivían, en un mundo distinto, las historias de otros países, conversaban en lenguas que no entendía. Estaba en su tierra y era allí un forastero.

Una excavadora golpeaba a un ritmo constante y pausado, como el péndulo de un reloj de pie, una bola de demolición contra una casa deshabitada. El edificio se desplomaba entre crujidos, contempló las habitaciones con los viejos tapizados y algunos muebles; había conocido a las personas que vivieron en esta casa, había estado en sus viviendas y comido en sus mesas.

La excavadora proseguía su trabajo, la bola de demolición perforaba agujeros en los muros; los suelos, las escaleras, los cristales de las ventanas y los ladrillos se iban cayendo a cada impacto, desmoronándose en un estruendoso crujido ensordecedor y haciéndose irreparablemente pedazos, deshaciéndose en una polvareda que se elevaba amenazante sobre el barrio y esparcía sus cenizas por calles y edificios.

En el cementerio yacían los muertos, los que eran sus muertos, tumbas de las que debía hacerse cargo: urnas y ataúdes, porque también en eso se diferenciaron hasta el final las dos partes de la familia.

Friedrich murió pronto, destrozado por la guerra, era un hombre que no encontraba más su lugar, que se había descaminado de la vida recta.

A las nuevas doctrinas de *ponerse manos a la obra y remangarse* él contestaba con una sonrisa burlona. Había crecido en una guerra y en una posguerra, había perdido sus mejores años en una segunda guerra y en una segunda posguerra, ya no se le podía embaucar con palabras. Trabajaba como le apetecía, bebía mucho, fumaba mucho, en un cuarto de calderas doblaba alambres para una pequeña fábrica, en el mismo sótano junto con Gustav hacía palomitas para bares, cines y casetas de exposición, intentaba, a partir de una masa pegajosa, elaborar caramelos que eran envueltos en papel dorado, acudía con un amigo a un campo de lavanda en la Provenza, toda la familia debía rellenar saquitos de lino con las flores de lavanda secas que un comerciante recogía.

Hermosas horas transcurrían en el sofocante cuarto de calderas junto al enorme horno de carbón, cuando olía a lavanda, a caramelos recién hechos y los granos de maíz se abrían en la sartén, copos blancos saltando arriba y abajo, brincando salvajes entre las cosas curiosas que en algún momento en un pensamiento espontáneo de Friedrich, encontraban un comienzo pero nunca un final feliz, entre los alambres doblados, cuyas sombras curvadas envolvían el sótano igual que un capullo.

En aquel cálido y oscuro sótano de lavanda se sentía como en el cuarto de calderas de un barco de vapor en el Océano Índico. Siempre que abría la puerta superior del horno para surtirla de carbón a través de una rampa, y las brasas, de un blanco resplandeciente, hacían saltar chispas por toda la estancia, se acordaba de aquel día en que entró por la ventana con el fogón en ristre.

Friedrich hablaba cada vez menos, bebía y fumaba, y cuando a raíz de ello le amputaron una pierna, se sostenía en los bares con una sola pierna y bebía y fumaba y guardaba silencio.

Murió delante del recién comprado aparato de televisión durante un violento tiroteo en una serie policiaca americana. Se desplomó hacia atrás contemplándolo desconcertado.

Elisabeth se despidió de una manera elegante y silenciosa de un mundo en el que ya no se hallaba. Se negaba a asimilar las pautas del nuevo mundo, y cuando la atosigaban con explicaciones moralizantes sobre lo

que era verdadero y falso y aquello que se podía hacer y lo que no, simplemente las ignoraba.

Mientras reposaba su cuerpo en un sofá, su mente vagaba por mundos que para los demás permanecían sellados. Conversaba en tono de confianza con personas a las que no podía ver nadie, hablaba de todo sólo con estos seres incorpóreos, cuando se la molestaba, indicaba indignada a aquél que la interrumpía, era toda una señora, a que esperara al final de la conversación. Su carácter, su forma de ser permanecía como siempre inalterable, seguía riéndose ingeniosa y burlona de la ignorancia de las personas con quienes hablaba, no los creía, agitaba la cabeza y, con un movimiento de la mano, se sacudía sus prejuicios y sus frases hechas, y desenmascaraba a los fantasmas como ilusos que no tuvieran ninguna idea de la vida.

Poco antes de su muerte ya no lo reconocía, preguntaba incrédula y obstinada, con cara de asombro, que quién era.

Gustav seguía rebelándose con una indignación cada vez más frustrante. Toda la familia tuvo que sujetarlo la vez que de un golpe intentó hacerse con el dinero nuevo que apestaba a recién impreso, billetes impecables colocados casi de forma obscena encima de la mesa de la cocina – la recompensa por la nueva existencia en un país extraño y desconocido, lleno de esperanzas y promesas –, para metérselos en la boca y tragárselos.

A pesar de ser ya mayor iba de empresa en empresa, había sido agente publicitario, comercial de un periódico y jefe de almacén, ayudante de crupier en uno de los cuantiosos casinos, portero de noche en un hotel junto a la estación. Él mismo se despedía o lo despedían, sustituía a los propietarios de bares y dueños de tenduchos en su día libre, fue taquillero en la gran exposición *todos han de vivir mejor*, que ya en su eslogan anunciaba una nueva edad dorada y sus tentaciones para todo el mundo. La boicoteaba negándose a visitar las salas a pesar de que la entrada era libre, se lo contaba también a todo el que pasaba por su puerta giratoria, argumentando que ya había visto dos veces esa mejor vida en una exposición igual y siempre después había estallado una guerra.

Posteriormente se enredó en un pleito de herencias con los propietarios de una empresa de coches americana, representó con

brillantez a la parte familiar de origen europeo – motivo para una de las últimas grandes celebraciones de la familia, ya que, naturalmente la herencia, tras el envío de la primera carta, estaba más que asegurada. La herencia no llegó nunca, a cada ataque de Gustav la empresa de coches respondía con amables gentilezas, pero la fiesta fue inolvidable.

En su último año de vida, o bien se ponía delante del aparato de radio y desafiaba con el puño al gobierno de Adenauer, o se paseaba en mitad de la calle y lanzaba el bastón, con el que auxiliaba a su pierna cosida a tiros, detrás de los coches que pasaban delante de él a toda prisa; por primera vez desde la guerra se había acostumbrado a ir por mitad de la calle sin ser alcanzado por fachadas que se derrumbaban.

La última gran batalla – como él la llamaba –, fue una disputa con su médico de cabecera, después de que ya antes hubiera tenido con la diaconisa una charla sobre lo divino y lo humano. Sufrió un ataque de apoplejía. Fin lo arrastró hasta su cama, se fue en busca del médico. A Gustav le sirvieron sus preocupados vecinos un Borgoña y le encendieron un cigarrillo especialmente grueso, al tiempo que sostenía en equilibrio, con la mano que aún podía mover, un Balzac bellamente encuadernado. En esta pose recibió al doctor Alvermann, bebiendo, fumando a bocanadas y leyendo e ignorándolo completamente. Le diagnosticó enojado una parálisis permanente, por lo que tenía que ir acostumbrándose a que en todo caso la cama nunca más la abandonaría. El doctor Alvermann se apresuró al maletín de las medicinas que cerró enérgicamente, los dos cierres golpearon igual que una guillotina, como una sentencia de muerte. Cuando se marchó, detrás suya Gustav, por la comisura de los labios, resolló entre graznidos varios sonidos incomprensibles, igual que un cuervo viejo habituado a su libertad, queriendo manifestar que no le iban a cortar tan fácilmente las alas.

La primera parte de este combate la ganó Gustav. Después de seis semanas cojeaba con su bastón a través de la sala de espera directo a la consulta del galeno, al que estuvo cerca de darle un ataque, y sacudiendo con ímpetu el bastón en el aire, lo llamó médico de tres al cuarto para cosas de mujeres³.

³ „Badearzt für Frauenleiden“ se traduce literalmente como médico de balneario para enfermedades de la mujer.

Unos cuantos meses más tarde sufrió un segundo ataque de apoplejía. El doctor Alvermann, que ahora estaba otra vez en ventaja, se situó triunfante delante de la cama de Gustav para repetirle con regocijo su diagnóstico, Gustav se empeñaba en la terapia con Borgoña, cigarrillos y Balzac como remedio eficaz. Tumbado alegremente en su cama contaba a sus vecinos por la comisura de los labios los sucesos fantásticos de su vida, que a cada reproducción se volvían aún más inverosímiles, se recuperó de nuevo, y apretando los dientes, volvió a aparecer en la consulta del doctor Alvermann, golpeando con su bastón el Réveil⁴ sobre el escritorio del médico. Ça ira, ça ira, ça ira⁵!

El tercer y fatídico ataque le sobrevino cuando, con una botella de vino entre las rodillas, se disponía a abrirla con un sacacorchos. Se desplomó hacia delante, yaciendo sereno en medio del Borgoña que se derramaba.

Lo tendieron en su cama, él le ató la barbilla, contempló los finos labios, la boca que ahora permanecía callada para siempre. En la mesilla de noche permanecía abierto un pequeño tomo de Lichtenberg, lo cogió y leyó el capítulo por donde se abría en voz alta hasta el final. Probablemente era el funeral apropiado para Gustav.

Ocho días más tarde murió Fin en el hospital. Era tan ligera y pequeña como un niño, sus cabellos negros salvajes, ahora tan sólo blancos mechones finos que, empapados por la agonía, quedaban sobre su cabeza ya casi calva. Le hacía señas para que se acercase, quería susurrarle algo al oído, pero su mano cayó sin fuerza sobre la cama.

María los enterró a todos. Una vez que la familia había desaparecido y sólo quedó ella, formó nuevas familias, como siempre extrajo de su dolor nuevos entusiasmos, se ocupó de todas las Annas, Irenas y Marijas, inmigrantes que venían de países que nunca había oído, mujeres que de repente se encontraban allí con un niño, sin trabajo, sin casa.

⁴ Se refiere al «Réveil du peuple», que junto al «Ça ira» y a «la Marseillaise» son tres de las canciones más populares de la Revolución Francesa de 1789.

⁵ « Ah ! ça ira, ça ira, ça ira » constituye el refrán de la canción « Ça ira », arriba citado.

Pillaba al siciliano o marroquí de turno, le cantaba las cuarenta, le sacudía, lo que sin embargo tampoco ayudaba, pues las Annas, Irenas y Marijas daban a luz a sus hijos.

María acogía a las Annas, Irenas y Marijas, las dejaba vivir con ella hasta que tenían de nuevo trabajo y una habitación, cuidaba de sus niños, los alimentaba, vestía, atendía y criaba. Las dejaba rezar a Alá en su alfombra, le parecía bien el poder expresarse. Se sentaba orgullosa en sus bodas y, acto seguido, atendía también a sus hijos igual que si fuesen sus propios nietos. Era para muchos su segunda madre, los cuales conservaban en la memoria la ropa que les compraba como el recuerdo máspreciado, de mayor fue abuela de numerosos nietos que seguían llamándose Jussuf y Marija y Sani y Tonina y que, en las fotos de familia, gateaban alrededor de su regazo.

En las fiestas de los extranjeros en los patios traseros del barrio, se sentaba erguida en un trono construido expresamente para ella, era muy apreciada y respetada y querida, contemplaba desde su trono las largas mesas donde personas de distintas culturas comían y bebían, madres, abuelas, sí, también bisabuelas de eslovenos, croatas, bosnios, sardos, sicilianos, catalanes, vascos.

Se había ganado el derecho de por vida de hospedaje en Marruecos por haber asistido a una marroquí enferma, dirimía disputas, reconciliaba parejas, degustaba con curiosidad y asombro aceitunas y pimiento en vinagre y queso de oveja, y todos los platos desconocidos que siempre había que explicarle con todo detalle, ya que siempre quería tener la receta, bebía en pequeños sorbos Silowowitz o Grappa, pero, por favor, sólo un vaso a la salud del anfitrión. Se sentaba con sus ojos que se habían vuelto más pequeños, parpadeantes, delante de numerosas personas igual que aquella María en Polonia delante de su casa, María, la que tuvo que levantar de nuevo su hogar hecho cenizas, pese a que la familia se había dispersado ya por todas partes.

María, sumida en el eterno trabajar para otros, concentrada, siempre con el pensamiento en las cosas que estaba haciendo, o con la sonrisa en los labios en casa de las personas para las que limpiaba, cocinaba, horneaba, cosía, hacía punto, en esos momentos feliz, absorta, entregada a su trabajo igual que un peregrino a la oración en el momento en que llega por fin a la iglesia.

Con el gozo de una vida que, sin ninguna estrechez, sin ninguna fatiga, sin amargura, había sido un proceso satisfactorio, muy tranquila, sin desviarse nunca y con una infinita e inagotable paciencia, con la seguridad de poder soportar y superarlo todo, alcanzó una fuerza invencible. Sola, sin patria, con hijos abandonados a la muerte, familiares desaparecidos para siempre, el hogar destruido, jamás preguntó igual que Job si no era ya bastante o aún quedaba más⁶. Para eso era demasiado orgullosa.

Al final de sus días se sentaba en una pequeña habitación, contemplaba la caída de la noche y contaba que sin memoria todos los días eran iguales, tan sólo en la memoria un día era un acontecimiento, relataba las viejas historias, también aquéllas que ella misma había presenciado y que ahora se habían convertido en las historias del te acuerdas: Te acuerdas cómo te cortaste la lengua al mordértela con los dientes – por qué no querías decir nada - hubo que cosértela – cómo te hicieron el lavado de estómago –la copiosa comida en casa de los campesinos – la consulta del medico totalmente destruida.

Todo reducido a retazos, recordados desde una confusa lejanía, tan distante que no podía pensar en ellos con claridad. Sin embargo en eso consistía la vida, tantos días llenos de acontecimientos y de trabajo, y apenas se habían vivido, enseguida se iban al país del te acuerdas, la vida misma, comprimida en frases entrecortadas, en mitad de la nada, como piedras desmoronadas en un cauce seco, se esfumaba igual que un fugaz atardecer que inesperadamente consumía el día.

Por miedo a olvidar, cada noche repetía los sucesos de los días lejanos, también porque los confundía con mayor frecuencia, a pesar de que se esmeraba muchísimo, pues deseaba transmitirle las historias, que él ya conocía de sobra, con la mayor exactitud posible, pero los nombres y los años se perdían cada vez más y se extraviaba en sus relatos sin tiempo ni espacio, se iba de una narración a otra, se

⁶ El santo Job es un personaje bíblico al que Satanás, con la autorización de Jehová, sometió a duras pruebas para ver la integridad de su fidelidad a Dios. Al final de demostró que la fe y el amor de Job eran más fuertes que todas las bendiciones que poseía pues, a pesar de perderlo todo sin causa aparente, siguió amando a Dios. Por ello su figura es usada por muchos credos religiosos como un ejemplo de santidad, integridad de espíritu y fortaleza ante las dificultades.

atascaba, ya no sabía continuarla, comenzaba desde el principio, un continuo narrar sin fin que le hacía perder su sentido. Hasta que decía: “Ya no me acuerdo. Lo he olvidado”.

Después guardaba silencio, lo miraba largo rato, exploraba su rostro, contemplaba sus ojos, como si buscara en su actitud lo que ella fue una vez. A veces le preguntaba por personas y por historias concretas, él le contaba las historias de las que ella formaba parte, trataba otra vez de unir los nexos pero ya no les veía ninguna relación y de nuevo había olvidado su pregunta.

A menudo se sentaba horas y horas junto a la pequeña mesa de cocina, donde había escrito sus primeros relatos, y garabateaba todas las hojas que escribía con su nombre de soltera Maria Lukacz; hoja tras hoja Maria Lukacz, María Lukacz, que se caían de la mesa y, como una alfombra de flores, se desplegaban alrededor de ella,

María Lukacz

María Lukacz

María Lukacz⁷,

fila por fila, cada letra debajo de la anterior, como si quisiera asegurarse de quién era.

También entonces se dio por vencida. De ahí en adelante solamente se dedicaba a mirar a través de la ventana un mundo que se había vuelto extraño para ella. Desde su silla contemplaba cómo se intercambiaban el día con la noche, cómo el sol y la luna variaban su posición, y se dio cuenta por primera vez, lo cual le sorprendía enormemente, de que ella siempre había visto el firmamento como algo inalterable. Él se lo explicaba, le decía que todo discurría por caminos predeterminados, que nada permanecía y todo se transformaba, porque el tiempo del ser humano pasaba. No lo creía. Aquél no era su mundo. Su mundo era estable y eterno y permanecía inquebrantablemente fijo y se componía solamente por personas.

Nunca leía. Jamás la había visto leer, los libros eran para ella un enigma. Hacía frente a la vida tal como ésta le venía, y aún así era capaz de valorar todos los acontecimientos desde su propia experiencia. Pertenecía aún a la generación que aceptaba las cosas directamente,

⁷ Se ha modificado el texto original para poder apreciar con mayor claridad la imagen que se crea con la sucesiva escritura del nombre de María Lukacz.

igual que directamente actuaba de la manera conveniente como le parecía necesario, sin apenas discutirlo o pensarlo, y por eso a menudo valoraba a las personas y las situaciones mejor que él.

Continuamente buscaba una melodía concreta que le había gustado especialmente, y que por todos los medios deseaba escuchar de nuevo. Él le ponía los viejos discos de jazz, ella asentía con la cabeza, ensimismada marcaba con una mano el compás, sonreía, pero nunca más volvió a encontrar aquella melodía que tanto le había gustado.

Cuando se levantaba, apoyaba la cabeza en su hombro, la dejaba apoyada en él, buscaba sostén, quería descansar. Sentía su peso, percibía la fragilidad de su vida que llegaba a su fin, se sentó en un sillón y se quedó dormida.

Contempló su rostro que se iba cubriendo por su aliento tranquilo, los ojos cerrados en la paz del silencio, se alisaban las cicatrices y las arrugas de una larga vida, de vez en cuando su boca se sobresaltaba, como si sus labios quisieran abrirse y seguir narrando, pues narrar era vivir, eso él lo sabía, pero su aliento se hizo cada vez más calmo y más sereno.

Abandonó la ciudad en el tren de la noche el día de la festividad de San Martín⁸, que formaba parte de los primeros recuerdos horribles de su juventud y de las primeras historias espantosas de la familia⁹.

Los farolillos danzaban a través de la oscuridad, luces de colores que buscaban vacilantes su camino, de vez en cuando algunos de ellos se incendiaban y dejaban tras de sí un espantoso ruido¹⁰.

⁸ El día de San Martín (en alemán, *Martinstag*) es el día de la festividad del santo Martin de Tours, que se celebra el 11 de noviembre en Alemania, así como en otras partes de Centroeuropa. Entre las distintas tradiciones suele haber un desfile en el que los niños se disfrazan y recorren las calles de pueblos y ciudades llevando farolillos de papel. Al final del recorrido normalmente hay una gran hoguera en honor a San Martín.

⁹ Coincidiendo con la víspera de la festividad de San Martín, se refiere a la "noche de los cristales rotos" (en alemán, *Reichspogromnacht*, *Reichskristallnacht* o *Novemberpogrome*), pogromo ocurrido en Alemania y Austria durante la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, dirigido contra ciudadanos judíos y que muchos los consideran como el paso previo hacia el inicio del Holocausto.

En el andén sólo había unas cuantas personas, cada una por su lado, helándose, con abrigos con el cuello subido. El reloj de la estación marcaba la hora habitual, como si nunca hubiera ocurrido nada.

El tren, una sucesión de espejos iluminados, se deslizó entre el claroscuro de la luz de la estación, por el movimiento en contra que hacían los rostros inclinándose hacia delante parecía como si en realidad todos se movieran hacia atrás.

El vagón partió deprisa, se introdujo en la noche, resultaba difícil reconocer algo a través de los cristales, el barrio y su hilera de ventanas iluminadas, la masa inmensa del parque, las oscuras lápidas del cementerio, un mundo de sombras acariciado por la luz del tren. De repente ya no estaba la ciudad, desapareció con todos sus nombres y sus historias.

El tren siguió el extenso curso del río, serpenteando por delante de curvas y meandros, por donde la corriente, en movimientos curvados, había ido hallando a lo largo de los milenios su camino.

En la memoria todo era un sueño más pesado, más lejano, sin conexión en las dimensiones inabarcables de efímeros momentos que coexistían. Imágenes sin significado, palabras olvidadas, melodías enterradas, y sin embargo, todo permanecía invariablemente fijo, era certeza inalterable, había sido creado por hombres y mujeres que yacían en viejos cementerios, recubiertos desde hace tiempo de árboles y arbustos, la ceniza a la ceniza, el polvo al polvo¹¹, pero sus palabras, sus ideas, sus creencias y su destino seguían siendo un incierto legado; igual que en sus antiguos modelos, pero por cada mano nuevamente tejido, inalterable y sin embargo distinto, una imagen de otras imágenes, sin perspectiva, sin punto de referencia, sin el transcurso del tiempo, yuxtapuestas igual que representaciones difuminadas o libros olvidados. El tiempo era sólo la mirada de una representación a otra, el volver una página en una crónica. El tiempo era sólo la repetición de historias nuevamente narradas, que procedían de la nada y se transformaban en

¹⁰ Además de la mencionada coincidencia temporal, el autor, a través de la imagen de los niños con los farolillos y el fuego, propia de la festividad, estaría recreando la noche en que fueron incendiadas millares de sinagogas judías.

¹¹ “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis, III:19)

tiempo vivido. Puesto que el tiempo estaba en las historias, sin las historias no existía el tiempo, sólo estaba la eternidad de la muerte, solamente las historias crearon el tiempo, pues una vez que todo había ocurrido, que ya todo había sucedido, sólo debía seguir contándose de nuevo.

Lo que llevaba consigo le cabía en una bolsa de viaje. De todo lo que una vez poseyeron las familias, solamente le quedó un reloj de ferrocarril estropeado y un rosario de coral engarzado en la cadena. Dos cosas sin principio ni fin, sin tiempo ni lugar, quedaron de las creencias de los Lukacz y del poder y saber de los Fontana. En cualquier lugar donde uno estuviera podría también con ellos tener su vida un comienzo y un final. Un reloj sin agujas en el que confiaría porque el tiempo estaba parado en el pasado. Un rosario por todos los muertos que le acompañaban.

Además había también una caja con fotografías. Fotos oficiales de amplias familias, fijadas sobre cartón oscuro, que se habían ido manchando y en las que no conocía a mucha gente, rostros de difuntos embalsamados, enmudecidos, sin explicación, silenciando su vida. Hieráticas figuras colocadas con una rebuscada trascendencia que carecía ya de sentido, oprimidas por un dolor profundo, retorcidas como frases mutiladas, intercaladas unas con otras, dobladas por duras y crueles verdades, en las que se quebraban las cuantiosas bellas composiciones de los hombres sobre la vida.

Él mismo junto a su padre con el uniforme de las fuerzas del aire y su madre en un paisaje nevado. En el dorso escrito: visita a la base aérea. Ya ni se acuerda.

Su padre en el orfanato: Un grupo de niños pelados al rape en babis a rayas, todos del mismo parecido igual que reclusos en un campo de castigo, sólo lo reconoció por la cruz con lápiz de tinta escrita sobre su cabeza. Era la primera vez que veía la foto.

María de pequeña con un enorme lazo en el pelo delante de la entrada de una mina de la mano de su madre y su abuela junto a un ataúd. No le había dicho nada.

El abuelo con el uniforme que le sentaba fatal, nacido en Polonia, casado en Alemania, y fallecido en Francia. En lugar de trabajo se encontró con la muerte.

Gustav con un sombrero de copa, el último de una dinastía de tejedores de seda, que por la libertad y las creencias pasaron por Italia, Francia y Alemania. Perdieron su libertad y sus creencias.

Los Fontana y los Lukacz, que hasta el final intentaron, a través de los tiempos cambiantes en diferentes países con distintas lenguas, permanecer fiel a sus tradiciones y convicciones, conservar su dignidad como forasteros en países extranjeros. Gentes sin patria, que tan sólo pudieron decir durante unos pocos años aquí estoy en casa; que nunca echaron raíces, nunca vieron un paisaje o una ciudad como la suya propia, que tan sólo conocieron unas cuantas calles alrededor de la vivienda de entonces y vivieron en círculos formados casualmente con familias que procedían de países y lenguas distintas, y cuyos vínculos sustituyeron la vieja añoranza de la tierra. En ningún mapa se dibujaban nunca las pequeñas islas nuevas que continuamente se iban formando en medio de los viejos y estáticos continentes.

El tren circulaba más despacio, se detuvo, en seguida avanzó de nuevo, las personas iban muy pegadas al tren, y en una curva la crecida del río se les quedó a unos pocos metros. La sombra de un castillo que se hallaba sobre un peñón inaccesible e inmóvil, el agua que producía espuma blanca que fulguraba sobre los arrecifes. Las luces de señalización en las orillas y las luces de posición de los barcos, desconcertantes como estrellas heladas y taciturnas. En las curvas brillaban luces rojas detrás del tren, continuamente seguidas de nuevas luces rojas.

El rayo de luz de un faro partió en dos la oscuridad, divisó una barca arrastrada río abajo, que tras ir tambaleándose se volcó; los árboles arrancados de raíz pasaban por delante como densas islas, la mercancía, enganchada en la orilla, era arrancada de nuevo por el agua que subía. La luz del faro se deslizó sobre las copas de árboles peladas que estaban situadas frente a la orilla y que como una columna de niebla se perdieron entre una luz cenicienta.

Los raíles estaban cubiertos de agua, vagos reflejos de luz dificultaban la orientación en la superficie oscura y agitada, como si el tren circulase ahora por mitad del río, todo se ralentizaba hasta lo infinito, todo parecía no tener dirección ni destino, avanzar o ir hacia atrás sin razón aparente.

En las colinas alboreaba la claridad del nuevo día, una luz inmóvil sobre rocas peladas que la noche no había arrojado en la zanja. Se reclinó hacia atrás, su rostro se reflejó en la ventana delante del paisaje oscuro y confuso.

De Luoyang a Changang pasando por Luzhou y Dunhuang con destino a Lop Nor, por el desierto de Taklamakan hacia Karashar, Khotan y Kashar, pasando por el altiplano de Pamir a Taskent, Samarcanda, Hamadan, Palmira hacia el puerto de Antioquía; largas expediciones desde países desconocidos con viejas historias como la de la emperatriz Lei Zu, atacada por una serpiente en sus jardines de las llanuras del río Amarillo, que se cobijó en un moral, en cuyas hojas pequeñas orugas repugnantes, mediante finos hilos tejidos por sí mismas, se transformaban en robustos capullos, de los que nuevamente convertidos, salían delicadas mariposas; o la historia del gran emperador en el este, que vestía trajes de seda tan hermosos que todas las embajadas lo informaban respetuosamente, el cual castigaba con la pena de muerte el llevar el secreto del moral y de las orugas de seda fuera de las fronteras de su imperio, y en su capital exhibía en altos postes las cabezas de los que habían desobedecido tal prohibición.

La noche estaba tan oscura como el agua por donde la barca plana se deslizaba. Aguardaban desde hace mucho, habían esperado el silencio sin luna, introdujeron la barca en el pantano y, empujándose con las largas varas buscaron las vías navegables que recorrían el embalse, sintieron con las manos dentro del agua la leve corriente, siguieron empujando la barca con las varas, cuando enganchándose en el cieno o en los juncos, ya no se movía más, guardando silencio, el esfuerzo empapado en sudor en la gélida noche, en la oscuridad donde no había un punto de referencia.

Apuntó el día entre la neblina del pantano, empujaron la balsa más adentro en la húmeda espesura, aguardaron inmóviles a la siguiente noche, que debía de hacerlos progresar, se sentaron en esta extensa y estrecha barca, que ellos mismos habían construido, bajo pesadas y gruesas mantas, completamente empapados por la humedad, mudos como piedras, en estos tablonces de madera que eran su patria y

esperaban las noches, que eran su refugio, en las que buscaban su camino¹².

Dieter Forte: *In der Erinnerung* (in: *Das Haus auf meinen Schultern. Romantrilogie*)

II

Dem Traum folgen und nochmals dem Traum
folgen und so ununterbrochen bis zum Ende -

Lord Jim

JOSEPH KONRAD

In der Erinnerung war das Fenster viel größer, die Zeit viel länger, Kälte und Hunger ein andauernder Zustand.

Er sah von der anderen Straßenseite auf das geschlossene Fenster, das für ihn einmal das Fenster zur Welt gewesen war. Hinter den Scheiben bewegte sich die Gardine. Das Fenster wurde geöffnet, ein

¹² Forte, Dieter: *Das Haus auf meinen Schultern. Romantrilogie*, Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch Verlag, 2003, S. 843-864.

dunkelhaariges Kind lehnte sich über die Fensterbank, sah ihn, den Fremden, mißtrauisch an, wie auch er es getan hätte.

Die Haustür stand offen, eine Frau putzte den Flur, vom Hof her fiel, wie immer um diese Stunde, das Sonnenlicht in den langen Gang, das ausgetretene Mosaik schimmerte in dunklen Farben, dann fiel die Haustür wieder zu.

Um das Quartier toste der Verkehr, auch die Straße war mit Autos vollgestellt, vor dem Fenster parkte ein Wagen mit dem Kennzeichen von Vukovar.

Die Straße, glattgeteert, ohne Schuttberge, ohne Bombentrichter, erschien ihm so unwirklich wie eine aufgeräumte Puppenstube, nur an einigen eingedrückten Bordsteinen erkannte er noch die Gleisspuren der Trümmerbahn.

Die verwitterten Narben der Bomben- und Granatsplitter in den stehengebliebenen Fassaden erschienen als natürlicher Verfall. Einige schwarze Baumstämme waren mit wulstartigen Verdickungen überzogen, aus denen Flüssigkeit rann. Er wußte, darin steckten Splitter, die die Bäume in sich hineinwachsen ließen, um sie in schmerzhafter Verkrüppelung zu überdauern.

Die Straße hinab, in Richtung der U-Bahn-Station, leuchteten über den verrußten Dächern und Kaminen die Fenster der Hochhäuser wie eine Fata Morgana. Auch diese Häuser würde man bald abreißen, um einen Marmor- und Glaspalast mit hängenden Gärten und einem Wasserfall zu errichten, eine den leeren Himmel widerspiegelnde Glaswelt.

Die untergehende Sonne brannte in den Glasfassaden, erinnerte ihn an die Feuerstürme, an die Toten, die schreienden Verletzten, die unter einem Schock erstarrten Gesichter. Er spürte den beißenden Rauch der Brände, die Hitze der einstürzenden Häuser, und er erinnerte sich wieder an den Mann, der mit einem weißglühenden Spiegel in den Händen durch die Straßen irrte.

Eine rundliche Frau in wallenden Gewändern und mit einem Kopftuch sprach ihn, den Fremden, in einer guturalen Sprache an, es klang ziemlich energisch. Sie wollte wohl wissen, was er hier zu suchen habe, warum er so lange in der Straße stand und auf die Häuser starrte. Er verstand die Frau nicht. Er kannte hier keinen mehr. Er war fremd in seiner Heimat.

Durch die Straßen gehend, hörte er Sprachen, deren Herkunft leichter durch die vielen Kneipen, Lebensmittelläden und Reparaturwerkstätten erraten werden konnte. Treffpunkte italienischer, spanischer, portugiesischer, türkischer, griechischer, kroatischer, serbischer, bosnischer, algerischer, marokkanischer und afrikanischer Einwanderer. So mußte es auch ausgesehen haben, als dieses Quartier durch den ständigen Zuzug von Fabriken und europäischen Einwanderern gegründet worden war.

Vor einer Kirche stand ein Brautpaar, eine spanisch-kroatische Hochzeit, mit allem Pomp zweier Nationen, den man für diesen Tag der Verbindung zweier Geschlechter aufbieten konnte. Unter ständigen Ausrufen, begleitet von großen Gesten und endlosen Tiraden, wurden Familiengruppen gestellt, mit der zeremoniellen Feierlichkeit von Staatsfotos, weil für die Ewigkeit fotografiert.

Überhaupt schien das öffentliche und lautstarke Erzählen längerer Geschichten immer noch zu den besonderen Merkmalen der Bewohner dieses Quartiers zu gehören. Von den Kneipen, Läden und Haustüren standen in Gruppen ununterbrochen redende Menschen, aber er hörte nicht mehr das Echo seiner Geschichten, nicht mehr den vertrauten Klang seiner Sprache. Die Menschen, die jetzt hier wohnten, lebten in Geschichten einer anderen Welt, den Erzählungen anderer Länder, unterhielten sich in Sprachen, die er nicht verstand. Er war in seiner Heimat und war dort ein Fremder.

Ein Bagger schlug in einem gleichmäßigen, ruhigen Rhythmus wie der Perpendikel einer Standuhr eine Abrißbirne gegen ein leerstehendes Haus. Die Fassade stürzte knirschend ein, er sah die Zimmer mit den alten Tapeten, einzelne Möbelstücke; er hatte die Menschen, die in diesem Haus gelebt hatten, gekannt, war in ihren Wohnungen gewesen, hatte an ihrem Tisch gegessen. Der Bagger arbeitete weiter, die Abrißbirne schlug Löcher in die Mauern; die Böden, Treppen, Fensterscheiben und Ziegel zerfielen mit jedem Schlag, brachen in einem betäubenden, berstenden Krachen und Splittern unwiderruflich in sich zusammen, lösten sich in eine Staubwolke auf, die bedrohlich über dem Quartier aufstieg und ihre Asche auf Straßen und Häuser verteilte.

Auf dem Friedhof lagen Tote, die seine Toten waren, Gräber, um die er sich kümmern mußte: Urnen und Särge, weil sich die beiden Familienzweige auch darin bis zum Schluß unterschieden.

Friedrich starb früh, ein vom Krieg zerstörter Mann, der in keine Existenz mehr fand, dem das geregelte Leben abhanden gekommen war. Den neuen Glauben vom Indiehändenspücken und Ärmelaufkrepeln quittierte er mit einem hönischen Grinsen. Er war in einem Krieg und in einer Nachkriegszeit aufgewachsen, hatte seine besten Jahre in einem zweiten Krieg und in einer zweiten Nachkriegszeit verloren, er war mit Worten nicht mehr zu ködern. Er arbeitete, wie er Lust hatte, trank viel, rauchte viel, bog in einem Heizungskeller Drähte für eine kleine Fabrik, röstete im gleichen Keller zusammen mit Gustav Popcorn für Kneipen, Kinos und Ausstellungsstände, versuchte, aus seiner roten klebrigen Masse Bonbons herzustellen, die in Goldpapier gewickelt wurden, beteiligte sich mit einem Freund an einem Lavendelfeld in der Provence, die ganze Familie mußte die getrockneten Lavendelblüten in kleine Leinensäcke füllen, die ein Händler abholte.

Schöne Stunde waren das in dem warmen Heizungskeller neben dem riesigen Koksofen, wenn es nach Lavendel roch, nach frischen Bonbons, und die Maiskörner in der großen Pfanne aufplatzten, weißflockig auf- und abhüpften, wild herumsprangen zwischen den seltsamen Dingen, die irgendwann in einem spontanen Gedanken Friedrichs ihren Anfang, aber nie ein glückliches Ende fanden, zwischen den gebogenen Drähten, deren kreisförmige Schatten den Keller jagte, wie einen Kokon umspannten.

Er fühlte sich in dem heißen, schummrigen Lavendelkeller wie im Heizungsraum eines Steamers im indischen Ozean. Wenn Friedrich die obere Ofenklappe öffnete, den Ofen über eine Rutsche mit Koks beschickte, und die weißleuchtende Glut ein Funkengestiebe durch den Keller jagte, erinnerte sich stets an den Tag, an dem er mit dem Herd auf dem Rücken durch das Fenster kam.

Friedrich schwieg immer mehr, trank und rauchte, und als man ihm deswegen ein Bein amputierte, stand er einbeinig in den Kneipen und trank und rauchte und schwieg. Er starb vor dem gerade gekauften Fernsehapparat während einer heftigen Schießerei in einer amerikanischen Krimiserie. Er fiel nach hinten und sah ihn ratlos an.

Elisabeth verabschiedete sich auf eine stille und vornehme Art von der Welt, in der sie sich nicht mehr zurecht fand. Sie weigerte sich, die neue Welt zur Kenntnis zu nehmen, und als ihr die belehrenden Erklärungen, was richtig oder falsch sei und was man zu tun habe und was nicht, lästig würden, vergaß sie sie einfach.

Ihr Körper saß in einem Sessel, ihr Geist durchstreifte Welten, die den anderen verschlossen blieben. Sie unterhielt sich im vertrauten Ton mit Menschen, die keiner sehen konnte, besprach alles nur noch mit diesen körperlosen Wesen, störte man sie dabei, verwies sie indigniert, ganz Dame, den störenden auf das Ende des Gesprächs. Ihr Charakter, ihr Wesen blieb unverändert, immer noch lachte sie hell und spöttisch über die Dummheit der Menschen, mit denen sie sprach, glaubte ihnen nicht, schüttelte energisch den Kopf, wischte mit einer Handbewegung ihre Vorurteile und Redensarten weg, entlarvte die Geisterwesen als Traumtänzer, die vom Leben keine Ahnung hätten.

Kurz von ihrem Tod erkannte sie auch ihn nicht mehr, fragte ungläubig und hartnäckig mit erstauntem Gesicht, wer er denn sei.

Gustav rebellierte weiter in immer ohnmächtigerem Zorn. Die ganze Familie mußte ihn festhalten, als er versuchte, das neue Geld, das stinkend in frisch gedruckten, steifen Scheinen fast obszön auf dem Küchentisch lag – das Kopfgeld für die neue Existenz in einem fremden, unbekanntem Land voller Verheißungen und Versprechungen –, in einem Handstreich an sich reißen, in den Mund zu stopfen und runterzuschlucken.

Noch im hohen Alter zog er von Firma zu Firma, war Anzeigenvertreter, Zeitungsbewerber und Lagerverwalter, Hilfskroupier in einem der vielen Spielkasinos, Nachtportier in einem Hotel am Bahnhof. Er kündigte und wurde gekündigt, vertrat Wirte und Büdchenbesitzer an ihrem freien Tag, war Kartenabreißer auf der großen Ausstellung *Alle sollen besser leben*, die das neue goldene Zeitalter und seine Verlockungen allen Menschen schon in ihrem Titel verkündete. Er boykottierte sie, indem er sich weigerte, die Hallen trotz freien Eintritts zu besichtigen, sagte das auch jedem an seinem Drehkreuz mit der Begründung, er habe schon zweimal das bessere Leben in einer solchen Ausstellung gesehen, danach sei jedesmal ein Krieg ausgebrochen.

Später verstrickte er sich in einen Erbschaftsstreit mit den Inhabern einer amerikanischen Autofirma, deren europäischen Familienzweig er bravourös vertrat – Anlaß für eines der letzten großen Feste der Familie, denn natürlich war die Erbschaft mit der Absendung des ersten Briefes so gut wie sicher. Die Erbschaft kam nie, die Autofirma beantwortete jede Attacke Gustavs mit freundlichen Floskeln, aber das Fest war unvergeßlich.

In seinen letzten Lebensjahren stand er entweder vor dem Radioapparat und bedrohte die Regierung Adenauer mit der Faust, oder er spazierte mitten auf der Straße, warf seinen Stock, mit dem er sein zerschossenes Bein stützte, den vorbeirasenden Autos nach; er war es nun einmal seit dem Krieg gewohnt, mitten auf der Straße zu gehen, um nicht unter einstürzende Fassaden zu geraten.

Seine letzte große Bataille – wie er es nannte – schlug er mit seinem Hausarzt, nachdem er schon mit der Gemeindeschwester ein Vorgeplänkel über Himmel, Hölle und Ewigkeit geführt hatte. Er litt einen Schlaganfall. Fin schleppte ihn in sein Bett, holte den Arzt, Gustav ließ sich von besorgten Nachbarn einen kräftigenden Burgunder einschenken und eine besonders dicke Zigarre anzünden, dazu balancierte er in der einen noch beweglichen Hand einen schön gebundenen Balzac. In diesem Arrangement empfing er Doktor Alvermann, trinkend pfaffend, lesend und ihn vollkommen ignorierend. Der prophezeite ihm verärgert eine andauernde Lähmung, damit werde er jedenfalls nie mehr verlassen. So Doktor Alvermann über seine Medizintasche hinweg, die er energisch zuklappte, die beiden Bügel schlugen zu wie eine Guillotine, Todesurteil. Als er ging, krächzte Gustav aus dem Mundwinkel einige unverständliche Laute hinter ihm her, wie ein alter, an seine Freiheit gewöhnter Rabe, der kundtun wollte, daß man ihm nicht so leicht die Flügel stutzen werde.

Die erste Runde in diesem Kampf gewann Gustav. Nach sechs Wochen humpelte er an seinem Stock quer durch das Wartezimmer direkt in das Sprechzimmer des Arztes, der seinerseits nahe an einem Schlag war, und nannte ihn, den stock energisch durch die Luft wirbelnd, einen Badearzt für Frauenleiden.

Einige Monate später erlitt er einen zweiten Schlaganfall. Doctor Alvermann, der nun wieder im Vorteil war, stand triumphierend vor Gustavs Bett und wiederholte genußvoll seine Diagnose, Gustav

bestand auf der Therapie mit Burgunder, Zigarren und Balzac als altbewährte Heilmittel. Er lag vergnügt in seinem Bett, erzählte den Nachbarn aus dem Mundwinkel die phantastischsten Geschichten aus seinem Leben, die bei jeder Wiederholung noch phantastischer wurden, kam wieder auf die Beine und wiederholte mit zusammengebissenen Zähnen seinen Auftritt in der Praxis des Doktor Alvermann, wobei er mit seinem Stock auf dem Schreibtisch des Arztes Réveil schlug. *Ça ira, ça ira, ça ira!*

Der dritte und tödliche Schlag traf ihn, als er, eine Weinflasche zwischen den Knien, mit einem Korkenzieher die Flasche öffnete. Er fiel vornüber und lag still im auslaufenden Burgunder.

Sie legten ihn auf sein Bett, er band ihm das Kinn hoch, sah die schmalen Lippen, den Mund der nun für immer geschlossen blieb. Auf dem Nachttisch lag aufgeklappt ein Bändchen Lichtenberg, er nahm es und las das aufgeschlagene Kapitel laut zu Ende. Es war wohl der angemessene Trauergottesdienst für Gustav.

Acht Tage später starb Fin im Krankenhaus. Sie war so leicht und klein wie ein Kind, ihre schwarzen wilden Haare nur noch weiße dünne Strähnen, die naß vom Todeskampf um einen fast kahlen Kopf lagen. Sie winkte ihn heran, wollte ihm etwas ins Ohr flüstern, aber ihre Hand fiel kraftlos auf das Bett.

Maria beerdigte sie alle. Als die Familie ausgestorben war und nur sie übrigblieb, gründete sie neue Familien, schöpfte aus ihrer Trauer wie immer neue Hingabe, kümmerte sich um all die Annas und Irennas und Marijas, Gastarbeiterinnen, die aus Ländern kamen, von denen sie noch nie gehört hatte, Frauen, die plötzlich mit einem Kind dastanden, ohne Arbeit, ohne Wohnung.

Sie schnappte sich den dafür verantwortlichen Sizilianer oder Marokkaner, las ihm die Leviten, beutelte ihn durch, was aber auch nicht half, die Annas und Irennas und Marijas bekamen ihre Kinder.

Maria nahm sie auf, ließ die Annas und Irenas und Marijas bei sich wohnen, bis sie wieder Arbeit und ein Zimmer hatten, kümmerte sich weiter um ihre Kinder, ernährte, kleidete, betreute sie und zog sie groß. Sie ließ sie auf ihrem Teppich zu Allah beten, ließ sich das erklären, fand das in Ordnung. Stolz saß sie auf ihren Hochzeiten und betreute

anschließend auch ihre Kinder, als wären es ihre eigenen Enkel. Sie wurde für viele die zweite Mutter, die die von ihr gekaufte Babyausstattung als kostbarste Erinnerung aufbewahrten, wurde im hohen Alter Großmutter zahlreicher Enkelkinder, die wieder Jussuf und Marija und Sani und Tonina hießen und die bei den Staatsfotos auf ihrem Schoß herumkrabbelten.

Auf den Festen der Ausländer in den Hinterhöfen des Quartiers nahm sie aufrecht Platz auf einem eigens für sie errichteten Thron, hochgeehrt und respektiert und geliebt, sah von ihrem Thron auf lange Tische, an denen vielsprachige Menschen aßen und tranken, Mutter, Großmutter, ja Urgroßmutter von Slowenen, Kroaten, Bosniern, Sarden, Sizilianern, Katalanen, Basken. Sie erhielt ein lebenslanges Wohnrecht in Marokko, weil sie eine kranke Marokkanerin gepflegt hatte, entschied Streitereien, stiftete Ehen, probierte neugierig und staunend Oliven und eingelegte Paprika und Schafskäse und all die unbekanntes Gerichte, die man ihr immer ausführlich erklären mußte, weil sie das Rezept haben wollte, trank in kleinen Schlucken Sliwowitz oder Grappa, aber blieb immer nur ein Glas auf das Wohl des Gastgebers. Sie saß mit ihren kleiner gewordenen, blinzelnden Augen vor den vielen Menschen wie die Maria in Polen vor ihrem Haus, die Maria, die noch einmal ihr abgebranntes Haus aufbaute, obwohl die Familie schon in alle Welt zerstreut war.

Maria, vertieft in die immerwährende Arbeit für andere, konzentriert, immer mit den Gedanken bei der Sache, die sie gerade tat, oder, mit einem Lächeln um die Lippen, bei den Menschen, für die sie putzte, kochte, backte, nähte, strickte, in diesen Momenten glücklich, in sich versunken über die Arbeit gebeugt, wie Pilger im Gebet in der endlich erreichten Pilgerkirche.

Die Erfüllung eines Lebens, das ohne jede Verengung, ohne jede Verzettelung, ohne Verbitterung ein vollendeter Ablauf war, stets bei sich selbst war, sich nie verirrt und in einer unendlichen, niemals zu erschöpfenden Geduld, in der Gewißheit, alles zu ertragen und alles zu überstehen, eine unbesiegbare Stärke errang. Allein, ohne Heimat, Kinder an den Tod verloren, Verwandte für immer vermißt, das Heim zerstört, die Ersparnisse vernichtet, und nie fragte sie wie Hiob, ob das ihr zugemessene Maß voll sei. Dazu war sie zu stolz.

Am Ende ihrer Tage saß sie in einem kleinen Zimmer, sah die hereinbrechende Nacht und erzählte, denn ohne Erinnerung waren alle Tage gleich, nur in der Erinnerung war ein Tag ein Ereignis, erzählte die alten Geschichten, auch die, die er selbst miterlebt hatte, die nun zu Weißt-du-noch-Geschichten geworden waren: Weißt du noch, wie du dir die Zunge durchgebissen – weil du nichts sagen – mußte genährt werden – wie dir der Magen ausgepumpt – bei den Bauern das fette Essen – die ganze Arztpraxis zertrümmert.

Alles auf Stichworte reduziert, aus einer dunklen Ferne erinnert, so weit zurück, daß sie es nicht glauben konnte. Das war doch das eigene Leben, so viele Tage voller Erlebnisse und Arbeit, und kaum hatte man es erlebt, raste alles in das Land Weißt-du-noch, riß das eigene Leben mit, schrumpfte zu kargen, abgestorbenen Sätzen wie verwitterte Steine in einem ausgetrockneten Flußbett, verschwand wie ein schneller Sonnenuntergang, der den Tag überraschend beendet.

Aus Angst zu vergessen, wiederholte sie jede Nacht die Ereignisse der fernen Tage, auch weil sie ihr immer mehr durcheinandergerieten, obwohl sie sich sehr anstrengte, sie auseinanderzuhalten, weil sie ihm diese Geschichten, die er alle kannte, möglichst genau überliefern wollte, aber Namen und Jahre entschwanden immer mehr, und sie verirrte sich in ihren zeit- und ortlosen Geschichten, geriet von einer Erzählung in die andere, stockte, wußte nicht mehr weiter, fing von vorn an, ein ununterbrochenes Erzählen ohne Ende, das seinen Sinn verlor. Bis sie sagte: „Ich weiß nicht mehr. Ich habe es vergessen.“

Danach schwieg sie, sah ihn nur lange an, erforschte sein Gesicht, sah ihm in die Augen, als suche sie in seinem Verhalten nach dem, was sie einmal war. Manchmal fragte sie ihn noch nach einem bestimmten Geschehen, er erzählte ihr die dazugehörenden Geschichten, versuchte noch einmal die Verbindungen zu knüpfen, aber sie fand darin in keinen Zusammenhang mehr und hatte ihre Frage wieder vergessen.

Oft saß sie stundenlang an dem kleinen Küchentisch, an dem er seine ersten Erzählungen geschrieben hatte, und bekritzelte alle erreichbaren Blätter mit ihrem Mädchennamen Maria Lukacz; Seite um Seite Maria Lukacz, Maria Lukacz, Blätter, die vom Tisch herabfielen und sich wie ein Blütenteppich um sie herum entfalteten, Maria Lukacz, Maria Lukacz, Maria Lukacz, Zeile um Zeile jeden Buchstaben untereinander, als wolle sie sich vergewissern, wer sie war.

Dann gab sie auch das auf. Von da an sah sie nur noch aus dem Fenster auf eine ihr fremd gewordene Welt. Von ihrem Stuhl aus sah sie, wie Tag und Nacht wechselten, Sonne und Mond ihren Stand veränderten, und sie bemerkte zum erstenmal, daß sich auch die Sterne bewegten, sie war darüber sehr erstaunt, denn das Firmament hatte sie für unveränderlich gehalten. Er erklärte es ihr, sagte ihr, daß das alles in vorgegebenen Bahnen verläuft, daß alles gleichbleibt und sich alles verändert, weil die Zeit des Menschen vergeht. Sie glaubte ihm nicht. Das war nicht ihre Welt. Ihre Welt war beständig und ewig und stand unerschütterbar fest und bestand ausschließlich aus Menschen.

Nie las sie. Er hatte sie nie lesen sehen, seine Bücher waren ihr ein Rätsel. Sie trat dem Leben so gegenüber, wie es auf sie zukam, und war durchaus in der Lage, alle Ereignisse aus eigener Erfahrung zu beurteilen. Sie gehörte noch zu der Generation, die alle Dinge direkt nahm und entsprechend direkt handelte, so wie es notwendig erschien, ohne daß sie das groß besprach oder darüber nachdachte, und so beurteilte sie Menschen und Situationen oft besser als er.

Immer wieder suchte sie eine bestimmte Melodie, die ihr so sehr gefallen hatte, die sie unbedingt noch einmal hören wollte. Er spielte ihr die alten Jazzplatten vor, sie nickte mit dem Takt, lächelte, aber sie fand die Melodie nicht mehr, diese eine, die ihr so besonders gut gefallen hatte.

Wenn sie aufstand, lehnte sie den Kopf an seine Schulter, hing sich an ihn, suchte Halt, wollte sich ausruhen. Er spürte ihr Gewicht, spürte die Zerbrechlichkeit ihres zu Ende gehenden Lebens, setzte sie in einen Sessel, sie schloß die Augen, schlief ein.

Er betrachtete ihr Gesicht, das von einem ruhigen Atem überzogen wurde, die Augen geschlossen im Frieden der Stille, die Falten und Narben eines langen Lebens glätteten sich, um den Mund zuckte es manchmal, als wollten die Lippen sich öffnen und weitererzählen, denn das Erzählen war das Leben, das wußte er, aber ihr Atem wurde stiller und friedlicher.

Er verließ die Stadt mit einem Nachtzug am Tag des Martinsfestes, das zu den ersten Schreckenserinnerungen seiner Jugend gehörte und zu den ersten Schreckengeschichten der Familie.

Laternen tanzten durch die Dunkelheit, bunte Lichter, die schwankend ihren Weg suchten, auch schon einmal aufflammten und einen erschreckten Schrei hinterließen.

Auf dem Bahnsteig standen nur wenige Menschen, jeder für sich, frierend, mit hochgeschlagenem Mantelkragen. Die Bahnhofsuhr zeigte die normale Zeit, als sei nie etwas geschehen.

Der Zug, eine Aneinanderreihung erleuchteter Spiegel, glitt ins Helldunkel des Bahnofslichts, durch die Gegenbewegung der sich vorbeugenden Gesichter schien es, als bewegten sie sich alle in Wahrheit zurück.

Der Waggon fuhr rasch an, schob sich in die Nacht, es war schwer, durch die Scheiben etwas zu erkennen, das Quartier mit seinen erleuchteten Fensterreihen, die unbegrenzte Masse des Parks, die schwarzen Grabsteine des Friedhofs, eine vom Licht des Zuges gestreifte Schattenwelt. Dann gab es die Stadt nicht mehr, sie verschwand mit all ihren Namen und Gesichtern.

Der Zug folgte dem großen Fluß, schlängelte sich vorbei an Kurven und Schleifen, durch die der Strom in mäanderhaften Bewegungen in Jahrtausenden seinen Weg gefunden hatte.

In der Erinnerung war alles ein schwerer, ferner Traum, ohne Zusammenhang in den unausschöpfbaren Dimensionen nebeneinander existierender Augenblicke. Bilder ohne Sinn, vergessene Worte, versunkene Melodien, und doch stand alles unwandelbar fest, war Gewißheit und nicht mehr zu verändern, wurde geschaffen von Männern und Frauen, die auf alten, längst von Bäumen und Sträuchern überwachsenen Friedhöfen lagen, Asche zu Asche, Staub zu Staub, und doch blieben ihre Worte, ihre Ideen, ihr Glauben und ihr Schicksal ein undeutlicher Nachlaß; gleich in seinen alten Mustern, doch von jeder Hand neu gewebt, vorgegeben und doch verschieden, ein Bild aus Bildern, ohne Perspektive, ohne Fluchtpunkt, ohne den Ablauf der Zeit, aneinandergereiht wie verblaßte Ikonen oder vergessene Bücher. Die Zeit war nur der Blick von einer Ikone zur anderen, das Umblättern einer Seite in einer Chronik, die Zeit war nur die Wiederholung der immer wieder erzählten Geschichten, die aus dem Nichts kamen und der ablaufenden Zeit wurden. Denn die Zeit war in den Geschichten, ohne die Geschichten war keine Zeit, war nur die Ewigkeit des Todes, erst die

Geschichten erschufen die Zeit, denn alles war bereits geschehen, alles hatte sich ereignet, es mußte nur immer wieder erzählt werden.

Was er mitnahm, paßte in eine Reisetasche. Von all dem, was die Familien einmal besaßen, blieb ihm nur eine beschädigte Eisenbahneruhr und ein in der Uhrkette verwickelter Korallenrosenkranz. Zwei Dinge ohne Anfang und Ende, ohne Zeit und Ort, geblieben vom Glauben der Lukacz' und dem Können und Wissen der Fontanas. Wo man auch war, konnte damit sein Leben beginnen und beenden. Eine Uhr ohne Zeiger, der er sich anvertrauen würde, weil die Zeit in der Vergangenheit ruhte. Eine Rosenkranz für alle Toten, die mit ihm waren.

Dann war doch ein Paket Fotografien. Auf dunklem Karton aufgezugene, fleckig gewordene Staatfotos von großen Familien, er kannte nicht viele davon. Einbalsamierte Totengesichter, verschlossen, unerklärt, ihr Leben verschweigend. Erstarrte Todesfigurinen in einer arrangierten Bedeutsamkeit, die keinen Sinn mehr ergab, zusammengepreßt von einem tiefsitzenden Schmerz, in sich gekrümmt wie verstümmelte, ineinander verschachtelte Sätze, gebeugt durch harte und grausame Wahrheiten, an denen vielen schönen Sätze der Menschen über das Leben zerbrachen.

Er selbst mit seinem Vater in Luftwaffenuniform und seiner Mutter in einer Schneelandschaft. Rückseite beschriftet: Besuch im Fliegerhorst. Er erinnerte sich nicht mehr.

Sein Vater im Waisenhaus: eine Gruppe kurzgeschorener Kinder in gestreiften Kitteln, alle gleich aussehend wie Sträflinge in einem Straflager, nur das Tintenstiftkreuz über seinem Kopf besagte, das bin ich. Das Foto sah er zum erstenmal.

Maria als junges Mädchen mit einer großen Haarschleife vor einem Zechentor, an der Hand ihrer Mutter und ihrer Großmutter neben einem Sarg. Davon hatte sie ihm nichts erzählt.

Der Großvater in der schlechtsitzenden Uniform, in Polen geboren, in Deutschland verheiratet, in Frankreich gefallen. Statt der Arbeit fand er den Tod.

Gustav mit einem Zylinder, letzter einer Dynastie von Seidenwebern, die um der Freiheit und des Glaubens willen durch Italien, Frankreich und Deutschland zogen. Sie verloren ihre Freiheit und ihren Glauben.

Die Fontanas und die Lukacz', die bis zum Ende versuchten, durch sich wandelnde Zeiten in verschiedenen Ländern mit wechselnden Sprachen ihren Traditionen und Überzeugungen treu zu bleiben, als Fremde in fremden Ländern Würde zu bewahren. Heimatlose, die immer nur für einige Jahre sagen konnten, hier bin ich zu Hause; die nie Wurzeln schlugen, nie eine Landschaft oder eine Stadt als die ihre ansahen, immer nur einige Straßen um die jeweilige Wohnung kannten, immer nur in den zufällig entstehenden, über Sprachen und Staaten hinausgreifenden Familienverbänden lebten, deren Zusammengehörigkeitsgefühl das alte Heimatgefühl ersetzte. Auf keiner Karte verzeichnete, kleine, sich immer neu bildende Inseln inmitten der alten unbeweglichen Kontinente.

Der Zug fuhr langsamer, blieb stehen, ruckte dann wieder an, Menschen standen dicht am Zug, der sich in einer Kurve dem Hochwasser führenden Fluß auf wenige Meter näherte. Der Schatten einer Burg, die unnahbar und unbeweglich auf einem Felsen saß, das Wasser schäumte weiß aufleuchtend über die Felsenriffe. Die Signallichter an den Ufern und die Positionslichter der Schiffe, irritierend wie kalte und stille Sterne. In den Kurven leuchteten rote Lichter hinter dem Zug, immer wieder von einem neuen roten Licht abgelöst.

Der Lichtstrahl eines Scheinwerfers durchschnitt die Dunkelheit, erfaßte einen flußabwärts treibenden Nachen, der sich drehend überschlug; entwurzelte Bäume zogen wie buschige Inseln vorbei, Treibgut verhakte sich am Ufer, wurde vom hochgehenden Wasser wieder losgerissen. Das Scheinwerferlicht glitt über die kahlen Baumkronen am gegenüberliegenden Ufer, die sich wie ein Nebelstreifen in einem grauen Licht verloren.

Die Schienen waren mit Wasser bedeckt, undeutliche Lichtreflexe erschwerten die Orientierung auf der dunklen, unruhigen Wasserfläche, als fahre der Zug jetzt mitten durch den Fluß, alles verlangsamte sich ins Endlose, alles schien ohne Richtung, ohne Ziel, ein Vorankommen oder Zurückgleiten auf unsichtbarem Grund.

Auf den Hügeln dämmerte die Helligkeit des neuen Tages, ein regloses Licht über kahlen Felsen, das die Nacht im Flußtal noch nicht vertrieb. Er lehnte sich zurück, sein Gesicht spiegelte sich im Fenster vor der schwarzen, schattenhaften Landschaft.

Von Luoyang nach Changang über Lou Zhou und Dun Huang nach Lop-Nor, um die Wüste Takla Makan, nach Karashar, nach Khotan und Kashgar, über das Hochland von Pamir nach Tashkent, Samarkand, Hamadan, Palmyra zum Hafen von Antiochia; lange Karawanen aus fremden Ländern mit alten Geschichten von der Kaiserin Lei Zu, die, in ihren Garten in der Ebene des Gelben Flusses von einer Schlange angegriffen, auf einen Maulbeerbaum flüchtete, auf dessen Blättern kleine häßliche Raupen durch dünne selbstgesponnene Fäden, sich in harte Kokons verwandelten, aus denen, erneut verwandelt, zarte Schmetterlinge schlüpften; mit der Geschichte des großen Kaisers im Osten, der so kostbare Seidengewänder trug, daß alle Gesandtschaften ehrfürchtig davon berichteten, der bei Strafe des Todes verbot, das Geheimnis des Maulbeerbaumes und der Seidenraupe über die Grenzen seines Reiches zu tragen, und in seiner Hauptstadt auf hohen Stangen die Köpfe derer ausstellte, die das Verbot mißachteten.

Die Nacht war so schwarz wie das Wasser, durch das der flache Kahn glitt. Sie hatten lange gewartet, die mondlose Stille abgewartet, dann der Kahn ins Moor gestoßen und, mit den langen Stangen sich abdrückend, die Wasserwege gesucht, die das Moor durchzogen, mit den Händen im Wasser die leichte Strömung erfühlt, mit den Stangen das Boot weitgestoßen, wenn es im Schlick oder im Ried hängenblieb, sich nicht mehr fortbewegte, schweigende, schweißtriefende Arbeit in der kalten Nacht, in der Dunkelheit, die ohne ein Zeichen war.

Dämmerte der Morgen im Dunst des Moores, schoben sie den Kahn tiefer in das nasse Gestrüpp, warteten reglos auf die nächste Nacht, die sie weiterbringen sollte, saßen auf diesem langen, schmalen Boot, das sie selber gezimmert hatten, unter schweren, dicken Umhängen, von der Nässe vollgesogen, stumm wie Erdhügel, auf diesen Holzbrettern, die ihre Heimat waren, und warteten auf die Nächte, die ihr Schutz waren, in denen sie ihren Weg suchten.



Pedro A. de Alarcón¹³, ¿Warum war sie blond?

Übersetzung aus dem Spanischen von
Alfonso Corbacho Sánchez
 Universidad de Extremadura
 alcorsan@unex.es

I

Eine Geschichte über fünf Novellen

An einem Nachmittag im November 1854 saßen wir sechs Freunde, alle minderjährig, um einen Tisch und verbrachten einen herrlichen Tag *auf dem Land*. So nannten wir in jener Zeit die seltsame Art und Weise auf die einige Schüler Apollos den Tag zur Nacht gemacht hatten, indem sie die Fenster schlossen und künstliches Licht anzündeten, wenn wir nicht den ganzen Tag im Bett blieben bis es im ganzen Rest Madriids dunkel wurde.

Jener Tisch (von welchem ich letztens Nachrichten bekommen habe) wurde von mir auf folgende Art beschrieben, im Prolog einer fremden Novelle mit dem Titel *Honni soit qui mal y pense*:

«Vor vier Jahren gab es in Madrid... (es ist egal in wessen Haus..., im Haus von niemanden..., im Haus von allen..., in einem Haus dessen Tür weder tagsüber noch nachts geschlossen war), einen großen unordentlichen Tisch, geschmückt mit einem riesigen Tintenfass und bedeckt mit Quartblättern aus versiegeltem Papier ohne Siegel, an welchem unterschiedslos zehn oder zwölf Künstler und Literaten arbeiteten... Es war der Tisch, an welchem einige Komödien des Sohnes von Larra geboren wurden, einige Dramen von Eguílaz, einige Novellen

¹³ Pedro Antonio de Alarcón y Ariza wurde am 10. März 1833 in Guadix/Granada geboren und starb am 19. Juli 1891 in Valdemoro/Madrid. 1847 fing er mit dem Rechtsstudium an der Universität Granada an, widmete sich aber sehr bald der Literatur. Seine Novellen und Kurzgeschichten gehören zum Realismus des 19. Jahrhunderts, denen noch romantische Wurzeln anzumerken sind. Er gilt zweifelsfrei als einer der bedeutendsten spanischen Erzähler seines Jahrhunderts.

von Agustín Bonnat, Lieder von Trueba, ökonomische Artikel von Antonio Hernández und Gedichte von Manuel del Palacio; an ihm wurde *La profesión de fe del siglo XIX* von Eugenio Pelletán übersetzt; an ihm erschuf Arnao viele Lieder, und Mariano Vázquez viel Musik, und Castro und Serrano mehrere Artikel, und Ribera Karikaturen, und Vázquez und Pizarro einige *Aquarelle*, und Barrantes nicht wenige Balladen, und Ivón architektonische Pläne und ich meine dumme Streiche der *El látigo*¹⁴.»

Um diesen Tisch herum saßen wir an diesem Nachmittag, von dem ich erzähle.

Es war Sonntag: die Juli-Revolution war auf ihrem Höhepunkt. In Madrid wimmelte es von Soldaten.

Es regnete; der Wind pfiß traurig vom Bahnhof, und es war so kalt, dass, wie Ricardo Ribera sagen würde, auch die Gedanken einfroren.

Da der Allerseeleentag vorbei war, wurde in allen Gemeinden die *Novene der Verstorbenen* gefeiert. Es mischte sich deswegen unter den Lärm der patriotischen Hymnen, die von den Musikanten der Miliz auf der Straße gespielt wurden, der düstere Klang der Glocken, die weinten als hätten sie über den Dächern der Metropole weinen müssen.

Jungfrau von Almudena! ... Was für einen Nachmittag!

Wir hatten ihn schon seit vielen Stunden in Nacht umgewandelt: vier Kerzen erleuchteten unsere sechs Gesichter, und unsere sechs Gesichter entsprachen den folgenden sechs Namen, welche ich ohne Verlegenheit enthülle, denn alle sind allgemein bekannt geworden: *Luis Eguílaz*, *Manuel del Palacio*, *Agustín Bonnat* (er ruhe in Frieden), *Ivón*, *Luis Mariano de Larra* und ein Diener von Ihnen.

-Was machen wir? –fragte einer.

-Wir schreiben! –erwiderte ein anderer.

-Was schreiben wir? –fügte ein dritter hinzu.

-Wir schreiben alle zusammen eine Novelle.

-Es ist keine Zeit, um uns über einen Plan zu einigen.

-Dann schreiben wir jeder eine Novelle...

-Und alle mit dem gleichen Titel!

-Ein komischer und schwieriger Titel, der die Handlung bestimmt...

-Genau! Und das in einer halben Stunde.

¹⁴ "Die Peitsche", eine antiklerikale und antidynastische Tageszeitung, die Alarcón in Madrid herausgab.

-Also, lasst uns einen extravaganten Titel erfinden...

-Ich habe schon einen! –sagte Larra-. Alle Novellen sollen *Warum war sie blond?* heißen.

-Großartig! –riefen alle.

-Hier habt ihr ein wunderbares Thema mit einer schwierigen Ausführung. *Warum war sie blond?* Weil sie es war! Nein, mein Herr; es ist nötig, dass es keinen Grund dazu gibt. Aber welchen Grund gibt es? Das heißt, welche sechs Gründe müssen wir erfinden?

-Da liegt der Hase im Pfeffer! Lassen wir unserer Vorstellung freien Lauf.

-Aber Vorsicht! Es ist nötig, den Titel zu rechtfertigen!

-Und es muss vor einer halben Stunde fertig sein!

-Es ist vier Uhr. Um halb fünf.

-Feder in die Hand...

-Stille!

Und schon hörte man nichts mehr als das Kratzen der Feder über das Papier.

Dann hättet ihr sehen sollen, wie diese sechs Gesichter sich veränderten, oder, besser gesagt, diese fünf (weil ich meins nicht sehen konnte), alle übernahmen ungewöhnliche Gesten, verwandelten sich, füllten sich mit Freude, Schrecken, Zärtlichkeit oder Sarkasmus...

Alle Vorstellungen isolierten sich; alle flohen aus jenem Raum; sie weiteten sich aus über Himmel und Erde, und träumten in verschiedenen Ländern zu sein, in anderen Epochen, zwischen unbekanntem Personen.

Eguílaz stand auf als er kaum zwanzig Zeilen geschrieben hatte.

Luque, der sich krank im Bett befand, hatte gerufen, und schon war es ihm unmöglich fortzufahren.

Wir, die anderen fünf, machten weiter damit, unsere dichterische Begeisterung auf die uns gewohnte Art zu stimulieren, denn es ist bekannt, dass jeder Dichter sein eigenes Rezept hat, um sich zu inspirieren.

Ivón zog die Augenbrauen hoch wie Jupiter.

Larra rautte seine Haare.

Bonnat führte die äußerste Spitze der Feder über seine Lippen bis es kitzelte.

Palacio kräuselte die Stirn, wo bekanntlich das Gedächtnis sein soll.

Ich kletterte unbewusst auf die Lehne des Stuhls, was dazu führte, dass ich mich nach Maurenart hinsetzte.

Und alle rauchten verzweifelt.

Vor Ablauf einer halben Stunde waren die fünf Novellen fertig gestellt.

Die Kreation von Larra gehörte zum Genre der Jagd. Da er ein großer Jagdliebhaber war, konnte sein Held kein anderer als ein Hund sein. Über die Heldin, die Witwe eines Verwaltungsoffiziers, muss gar nicht erst gesagt werden, dass sie blondes Haar hatte, extrem blond, fast rot. Aber, *warum war sie blond?* Bald wussten wir es! Als der Hund starb, wurde Anita, die Witwe des Verwaltungsoffiziers, komplett grauhaarig. War es wegen der Trauer? Nein! Es war so, dass Anita schon seit einigen Jahren grauhaarig war; aber sie färbte sich das Haar mit einem Elixier, in welcher Mischung als Teil der Zutaten eine Komponente gehörte -wer weiß schon was für eine-, die von diesem Hund kam. Deswegen war sie blond! Der Wert der Erzählung bestand hauptsächlich im ausgiebigen Wissen, welches der Sohn des Fígaro über die Niederjagd zeigte.

Bonnat hatte einen von jenen wunderbaren französischen Artikeln geschrieben, in welchem er jede Art von Paradoxen ausprobierte. An erster Stelle verneinte er, dass Kolumbus der Entdecker Amerikas gewesen sei, und beschrieb uns den Bruch eines englischen Schiffes und das Eintreffen einer blonden Jugendlichen an den Küsten Brasiliens, von den Wellen dort hingetrieben. Die Brasilianer, welche noch nie Haare in einer solchen Farbe gesehen hatten, fragten sich natürlich *warum war sie blond?*, und im Glauben, dass sie vom Himmel kam, gründeten sie eine Religion in ihrem Namen. Danach wurde diese Blonde, wie eine menschenfreundliche Gesetzgeberin, eine Karikatur der Autorin der *Choza de Tomás*, welche mein armer Agustín mit allen Kräften seines guten Humores hasste.

Ivón, beziehungsweise Fernández Jiménez, erreichte den Höhepunkt der Originalität. Wir erklärten damit, und ich wiederhole das jetzt, seine Novelle als die Beste, besonders wegen des vorwiegend-komischen Stiles. Die Szene spielte sich in einer Sakristei in Amerika ab. (Schon sehen Sie, dass wir alle während dieser halben Stunde viel gereist sind!) Eine sehr alte Dame, die im Sterben lag, hatte vollkommen graue Haare, aber sie wurde trotzdem *die Blonde* genannt. Nun also, der Pfarrer der Gemeinde weigerte sich ihr zu helfen anhand der folgenden

Problemkette: «Diese Frau heißt *die Blonde*, weil sie blondes Haar gehabt haben wird; sie hatte blondes Haar, weil sie Engländerin war; die Engländerinnen sind Protestanten; deswegen habe ich mit dieser *Blonden* nichts zu tun.» Zum Schluss ergab sich: 1^o, dass die Frau kein blondes Haar gehabt hat, sondern braunes; 2^o, dass sie nicht protestantisch war, sondern katholisch, apostolisch, romanisch; 3^o, dass sie *die Blonde* genannt wurde, da sie einen Spanier geliebt hatte, dessen Nachname *Rubio* war; 4^o, dass der Pfarrer dieser Spanier war. Am Ende der Novelle erkannten sich die beiden Alten wieder, erinnern sich an die Jahre ihrer Jugend, oder sei es ihr weltliches Leben, und starben auf sehr sentimentale und christliche Art und Weise.

Die Novelle von Palacio ragte durch ihre Wortspiele und durch die Witze, mit denen sie gewürzt war, hervor. Ein Fräulein aus Jaén verstand mit sechzehn Jahren, dass eine Frau ihres Talents nicht der *Untätigkeit* folgen durfte. So teilte sie ihre Seele zwischen zwei Freunden. Ich weiß nicht durch welches Teufels Werk, aber unser Fräulein kam dazu, mit einem von ihnen zu fliehen. Der andere verfolgte sie..., und betrat Madrid an ihrer Seite, ohne sie zu erkennen. Antonia hatte dunkle Haut, schwarze Augen und schwarze Haare, wie es kaum mehr geht, aber, dank dem Reispuder, einer blauen Brille und einer blonden Perücke, sah sie aus wie eine Sylphide des Nordens. Schon in Madrid, passierte es, dass jene Frau eine Verabredung im Dunkeln mit dem zweiten Freund traf, während derer sich an den Hemdknöpfen zwei Haare von Antoñita verfingen, und als er diese zu Hause untersuchte, fiel ihm auf, dass diese schwarzer als die Schlehe waren. «*Warum war sie blond?*» -schrie daraufhin der verwirrte Geliebte-. «Als ich mit ihr die Verabredung auf der Eisenbahnstrecke traf, hatte sie goldenes Haar! Wie kann sie mir über dem Herzen dieses schwarze Zeichen lassen?» Schnell wurde alles aufgedeckt: Die beiden Geliebten verließen sie und aus Trauer wurden die Haare von Antoñita weiß.

Meine Novelle (die einzige, über die ich noch verfüge, denn jeder nahm seine mit), war von folgendem Charakter:

II

Warum war sie blond?

(CIPAYANOVELLE)

Es gibt etwas großartiges in der Ekstase der Inder.
(Priester Juan)

Wie herrlich sind die Nächte in Indien!...

DER LESER. –Sagen oder erzählen Sie es mir?

Mensch! Ich bilde es mir ein. Ich bin nie in Indien gewesen, aber ich habe das Verlangen, dorthin zu gehen. Auch könnte mich die Regierung auf die Philippinen ohne Angabe eines Grundes schicken! Nebenbei würde ich Indien sehen.

DER LESER. –Geben Sie ihnen einen Grund und sie werden Sie hinschicken.

Gut! Aber, welchen Grund soll ich ihnen angeben? Stellen Sie sich vor, dass ich jetzt auf die Straße gehe, die *Pitita* singend, und dass sich die Regierung damit begnügt mich nach Saladero zu schicken... Hätte ich meinen Plan ausgeführt? In keinster Weise. Stellen Sie sich also vor, dass ich in der Öffentlichkeit die Unfehlbarkeit des Herzogs von Victoria leugne, und dass er mich dafür standrechtlich erschießen lässt... Wäre das auf die Philippinen zu gehen? Würde ich es so schaffen, Indien nebenbei zu sehen, wie es mein Freund D. Manuel Hazañas gesehen hat? Ah! Gesegnet sei Napoleon III, der alle ausweist, die ihn nicht als Majestät anreden... Das ist ein Land! Dort weiß einer, woran er ist!

DER LESER. –Setzen Sie fort.

Ich setze fort. Wie herrlich müssen die Nächte in Indien sein!

Dort leuchten die Sterne mehr als am Himmel Europas; getrübler Himmel durch den Gebrauch, der auf mich so einen Eindruck macht als ob es eine alte Dekoration von Philastre wäre.

Und es ist so, dass jener Himmel nur für eine Religion diene, während unserer schon mindestens zehn Klassen von Verehrern zählt: die Iberer, die Griechen, die Phönizier, die Karthager, die Römer, die Barbaren, die Christen, die Mohammedaner, und in letzter Zeit die Spiritisten...

DER LESER. –Fahren Sie fort.

Ich fahre fort. Wie herrlich müssen die Nächte in Indien sein!

Weite Aromawolken kommen aus dem Schoß dieser wirklichen Natur, kräftig wie eine erstgebärende Amme; und der träge Orientale, berauscht von narkotisierenden Essenzen, stopft sich mit Reis in der Helligkeit des Mondes voll, an die symbolische Lotusblüte denkend, oder an etwas in diesem Stil...

DER LESER. –Fahren Sie fort.

Es war Mitternacht.

Alles lag im Stillschweigen und in der Geräuschlosigkeit des Traumes am Ufer des mysteriösen Ganges...

Nur der Ganges schlief nicht! Der heilige Fluss floss zwischen Bombaxwäldern und anderen seltsamen Baumarten (Bäume und Pflanzen, die ihr im Botanischen Garten dieser Villa sehen könnt, wenn ihr Lust habt), während sich in seinen Wassern die unechte Helligkeit des Mondes reflektierte.

Im Schatten eines *traurigen Baumes* (so genannt, weil er nur bei Nacht blüht), und nicht weit von einer *Rafflesia*, einer Pflanze, die die größten Blüten hervorbringt, die auf der Erde bekannt sind, denn einige haben drei Fuß Durchmesser und fünfzehn Pfund Gewicht... (ich rede mit Ernsthaftigkeit); befanden sich zwei junge Inder, nicht sehr ehrerbietig gekleidet, wie wir sagen würden, aber schön, sofern solche Landsmänner des Ebenholzes und des Bambusses es sein können. Ihre schwarzen Augen... waren sehr schwarz. (In der Hast, mit der ich schreibe, fällt mir nichts ein, mit dem ich ihre Schwärze vergleichen kann) Im Gegensatz dazu waren ihre Zähne so weiß wie die weißesten Zähne, die es auf der Welt gibt.

Und hier endet die Darstellung der zwei Inder.

Ah! Ich hatte vergessen zu sagen, dass es zwei Männer waren, und *Nana* und *Nini* hießen, äußerst interessante Namen.

-Sprich, Nana... -sagte Nini mit zärtlicher Stimme, und führte die Hand durch das glatte Haar seines Freundes.

Es ist darauf hinzuweisen, dass Nini auch glattes Haar hatte.

Ich weiß alle diese Sachen, weil ich mich seit einiger Zeit mit diesem Land beschäftige, um eine Novelle mit dem Titel *Mutter Erde* zu schreiben.

Wenn nicht, würde ich diese nicht wissen.

Aber kehren wir zu unseren Indern zurück.

-Nini... –sagte Nana:- *Warum war sie blond?*

Und, nachdem diese bedeutenden Worte ausgesprochen wurden, blieb er abgessackt in tiefer Meditation.

Das Gleiche fragt sich der Autor dieser Novelle: genau das Gleiche! *Warum war sie blond?*

-Mach dich verständlich, Nana –murmelte Nini kurz darauf.

-Ah! Nini... Nini... -brachte Nana zwischen Schluchzen heraus-. Ich liebe meine Frau wie der Mond die Nacht, wie die Vögel den Tag, wie das Meer die Sterne in der Nacht. Mila ist eine Seele, mein Leben, meine Augen, sie ist mein Wasser!... Aber, ach! *Warum ist sie blond?*

-Nimm dich zusammen, Nana! –sagte Nini-. Du redest Unsinn. Deine Frau hat nichts Blondes... Ich kenne Mila, und ich kann dir versichern, dass es kein schwärzeres Ebenholz gibt als ihre Zöpfe...

-Ah! Ja... Ich weiß schon, dass Mila nicht blond ist; und deswegen habe ich sie geheiratet. Ihre Augen sind wie die Nacht; ihre Haare wie die Schatten des Todes. Aber ich rede jetzt nicht von Mila!

-Also, von wem redest du?

-Hör mir zu. Erinnerst du dich, als ich vor einem halben Jahr so glücklich war, weil Mila Mutter werden sollte?

-Ja... Ich erinnere mich. Es war die erste Frucht deiner Liebe, nach drei Jahren Ehe...

-Es war der Höhepunkt aller meiner Wünsche! Mit welcher Gier erwartete ich den Tag, an dem meine Frau mir einen Sprößling geben sollte! Endlich würde ich einen Erben, einen Nachfolger haben, einen von diesen Prinzen meines Stammes, dessen schwarze Haare beweisen, dass sich unser Blut nicht mit dem niederen Blut der Weißen aus dem Norden vermischt hat! Nun also: Mila gebar ein weißes Mädchen, rosig, blond wie eine Engländerin, wie eine Tochter unserer Unterdrücker, unserer Folterer. Unverständliches Mysterium, Nini! Wenn mein Haar und das von Mila schwarz wie der Schmerz ist, warum war es nicht auch das unserer Tochter? Ah! Nini... Nini... *Warum war die Tochter von Nana blond?*

Eine lange Stille folgte diesen Worten des Prinzen ohne Kleider, des Ehemannes von Mila, des Vaters der Blondes.

Dann fuhr er fort:

-Wissend, dass ich mich verrückt machte beim Denken, welches der Grund dieses unerhörten Phänomens sein könnte, bin ich

hergekommen, um dich zu suchen, damit du, der du ein Mann großer Intelligenz bist, die Finsternis meines Verstandes beleuchtest.

Nini überlegte während drei Stunden, und dann fragte er Nana:

-Hast du es deine Frau gefragt?

-Es war das Erste, was ich gemacht habe; aber sie, so verwundert wie ich, sieht keinen Ausgang aus diesem Labyrinth. Und noch mehr: jeden Tag kommt in mein Haus ein englischer Kapitän, ein Mann von großem Talent, der uns wahnsinnig liebt und sich sehr für das Glück meiner Familie interessiert. Nun also: drei Tage hat er über dieses Mysterium nachgedacht, und hat keine Erklärung gefunden! Also, mal sehen Nini, ob du erfolgreicher bist, und mir begreiflich machst, wie eine Tochter einer Ehe *schwarzen* Haares *blond* sein kann.

-Ich muss eine Weile nachdenken, Nana... –sagte Nini-. Lass mich allein.

Nana zog sich zurück, und Nini sagte hierauf zu sich selbst:

«Die Frage ist herauszufinden, *warum sie blond war*. Also, mein Herr, überlegen wir: *Warum war sie blond?*»

Und er steckte sich den Zeigefinger der rechten Hand in den Mund, richtete den Kopf auf, hob die Augen zum Himmel und blieb in einer Art Ekstase abgesackt.

Bei der Ausgabe der letzten Post befand er sich immer noch in dieser Haltung.

1859.